

con el obispo la vuelta á la iglesia exteriormente, y durante esta marcha triunfal los fieles repiten con entusiasmo estas palabras: *Kyrie, eleison: Señor, tened piedad de nosotros.*

El obispo dirige entonces á los fieles una piadosa exhortacion sobre la dedicacion ó consagracion de las iglesias, y manda leer al arcediano un decreto del concilio de Trento que se refiere á ella; despues suplica al Señor que tome posesion de su templo, y marca la puerta con tres señales de la cruz hechas con santo óleo. La procesion entra en la iglesia, los fieles siguen al clero, y todos juntos andan detrás de las reliquias que van á depositarse en el túmulo del altar. Es imposible á mi parecer ser testigo de este espectáculo sin recibir una vivísima impresion; pues os transporta al último de los dias, en el que se pronunciará el juicio supremo, y la sociedad de los elegidos se elevará hácia al cielo siguiendo las huellas de su divino Jefe. La emocion es tanto mas profunda, en cuanto se cantan antifonas y salmos en que respira el gozo y se pinta la inmortal felicidad de los bienaventurados. El obispo recita una oracion, despues de la cual consagra con óleo santo el túmulo, donde deposita en seguida las santas reliquias con tres granos de incienso.

Esta ceremonia recuerda que en la primitiva Iglesia se celebraba el augusto sacrificio sobre el sepulcro de los Mártires, preciosa costumbre cuyo recuerdo se conserva colocando reliquias en el altar, y que se estableció sin duda segun la vision del apóstol san Juan en el Apocalipsis: «Vi debajo del altar las almas de los que habian sido muertos por la palabra de Dios, y por el testimonio que tenian. Y clamaban en voz alta, diciendo: ¿Hasta cuándo, Señor (santo y verdadero), no juzgas, y no vengas nuestra sangre de los que moran sobre la tierra?»<sup>1</sup> Los tres granos de incienso indican el respeto hácia las santas reliquias, y la disposicion en que estamos de rodearlas continuamente con el perfume de nuestras oraciones. El obispo consagra en seguida el ara que ha de cerrar el sepulcro de las santas reliquias, la asegura sobre el sepulcro con la argamasa que ha hecho y bendice; despues, ungiéndola otra vez con el santo óleo, dice: «Sea este altar sellado y santificado en nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, y la paz lo rodee siempre.» Despues de esto incienso el altar por todos lados en forma de cruz y recita esta her-

<sup>1</sup> Apoc. vi, 9, 10.

mosa oracion: «Os suplicamos, Señor, que dirijais nuestra oracion como un incienso que os es grato, y el pueblo fiel reportará abundantes favores; que todos los que vengan al pié de este altar á ofrecer ó participar del sacrificio alcancen auxilios para la vida presente, el perdón de sus pecados y la gracia de la redencion eterna.» Hay grabada una cruz sobre la piedra que encierra las reliquias, y no podeis verla sin acordaros de estas inmortales palabras del Salvador: *Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia,* etc.

Un sacerdote, que ha recibido el incensario de la mano del obispo, no cesa ya hasta el fin de la consagracion del altar de esparcir en torno su perfume. La Iglesia ha establecido esta ceremonia para enseñarnos que no debemos cansarnos durante toda nuestra vida de rogar y de edificar á nuestros hermanos con nuestras virtudes. El coro entona salmos, y, mientras los canta, la Iglesia consagra con el óleo de los catecúmenos la mesa del altar. Las unciones, las señales de la cruz, la incensacion y diferentes oraciones cooperan á esta imponente ceremonia. Finalmente, al esparcir sobre el altar el óleo santo y el de los catecúmenos, lo frota con la mano derecha, é invita al pueblo á que pida al Señor que se digne consagrar desde el cielo y bendecir aquel altar sobre el cual acaba de derramar el óleo santo, y recibir con bondad los votos y oblaciones que irán á presentar en él los fieles.

Entre tanto se han impreso doce cruces sobre doce columnas de la iglesia. Este número recuerda los Apóstoles que Jesucristo vino á establecer como columnas y cimientos de la verdad. Desde el principio de la ceremonia, brillan velas encendidas delante de estas cruces para advertirnos que nuestro Señor es la luz del mundo. Las columnas que las llevan han sido bendecidas, pero aun no están consagradas. El obispo se acerca, y haciendo con el óleo santo una uncion sobre cada una de las cruces, dice: «Sea este templo santificado y consagrado en nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, en honra de Dios, de la gloriosa Virgen María y de todos los bienaventurados, bajo el nombre y la memoria de san N.» Incienso tres veces en cada cruz, y va al pié del altar á dirigir á Dios una ferviente oracion acompañada de bendicion. Cuando un monarca se apodera de una ciudadela, clava en ella su bandera, y mientras ondea en las torres, anuncia la victoria del conquistador. ¿Entendeis ahora la existencia de las cruces grabadas en las paredes del templo? Pero tal vez ignorais el misterio de la uncion santa que

las acompaña; ella os recuerda la gracia interior que suaviza la cruz del cristiano, y la trocará un día en corona de perlas y diamantes.

El consagrador vuelve al altar donde le presentan veinte y cinco granos de incienso para bendecir; forma con ellos cinco cruces, una en medio del altar, y las otras en los cuatro extremos, poniendo tambien incienso en cada una de las velas, formadas igualmente en cruz y que deben arder en los cuatro extremos. Estos granos de incienso y estas velas son el simbolo de las virtudes que deben embellecer y consumir el corazon de los cristianos. Si alguna vez llegais á presenciarse tan misteriosa ceremonia, participad del espíritu de la Iglesia, diciendo á Dios: Si; os ofrezco mi corazon; haced que la fe, la esperanza, la caridad y la devocion lo consuman como el fuego á la cera, y que el buen olor de mis virtudes edifique la tierra y se eleve hasta el cielo.

Mientras arden en el altar las velas y los granos de incienso, el obispo y el clero, arrodillados, cantan la siguiente antifona que expresa perfectamente el espíritu de esta ceremonia: «Loado sea Dios: «venid, Espíritu Santo, llenad los corazones de vuestros fieles, y «abrasadlos con el fuego de vuestro amor.»

Uno de los presbíteros asistentes recoge en tanto con respeto la ceniza del incienso y de las velas para arrojarla en la piscina, mientras el obispo recita una oracion y un prefacio para pedir á Dios que confirme en el cielo lo que acaba de verificar en la tierra, y que tenga siempre por grato el sacrificio que se ofrecerá en aquel templo y altar. Finalmente, para completar esta solemne consagracion, el obispo hace con el santo óleo una cruz en medio de la parte anterior del altar y en las junturas de los cuatro ángulos que sostienen la mesa, acompañando esta uncion dos oraciones que parecen resumir todas las oraciones empleadas durante la augusta ceremonia.

Revisten entonces el altar con sus ornamentos que el obispo bendice, si ya no lo ha hecho, y encienden las velas que lo adornan y las que se han colocado en el santuario y en toda la iglesia. Hasta entonces solo estaban encendidas las velas puestas delante de las cruces hechas sobre las columnas y las de los acólitos. Aquella casa no es ya morada de tinieblas, sino de luz, y aquellas velas enseñan á los que allí vayan á orar que no son hijos de la noche ni de las tinieblas, y por consiguiente no deben morir como los otros, sino antes celar y

vivir con templanza<sup>1</sup>. La augusta ceremonia termina con el santo sacrificio de la misa, y el obispo pronuncia en el nuevo altar las palabras misteriosas de la consagracion, que abre el cielo y hacen que descienda á aquel templo el Dios que allí va á morar.

Los fieles deben asistir á la consagracion de una iglesia con la mas sincera devocion, y si desean sacar de ella frutos abundantes, penetren en el espíritu de estas interesantes oraciones y acciones maravillosas, apropiadas á su posicion y á sus necesidades. Segun hemos dicho la primera parte de esta ceremonia les recordará que están desterrados en la tierra, y que han de hacer todos sus esfuerzos para llegar á la patria celestial; y la segunda, que lo que pasa en su presencia en el templo, será para ellos una figura y un goce anticipado de las alegrías y de la felicidad de la ciudad bienaventurada que gozarán en el cielo<sup>2</sup>. Cada oracion y cada accion del pontífice consagrador será para ellos una leccion de santidad. En efecto, las iglesias solo se consagran, dice san Bernardo, á causa de nuestros cuerpos; nuestros cuerpos á causa de nuestras almas, y nuestras almas á causa de Dios. Nuestros cuerpos son, por consiguiente, templos vivos que deben ser mas santos que los templos materiales; han sido purificados con el agua del Bautismo, sellados con el sello de Dios, que ha grabado su ley en nuestro corazon, ungidos con la uncion del Espíritu Santo en los Sacramentos, iluminados con las luces del Evangelio para que jamás hagamos las obras de las tinieblas, y finalmente bendecidos, pues el Señor los ha libertado de las vergonzosas cadenas de las pasiones y les promete la inmortalidad gloriosa. De aquí procede el que se muestre tan celoso de la santidad de estos templos vivos: Perderé, dice, al que viole mi templo, y mi templo eres tú.

La dedicacion de nuestras iglesias no solamente nos recuerda que somos el templo de Dios, sino tambien que somos sus arquitectos y custodios. Bajo este doble titulo debemos hacer por nuestro templo vivo lo que se verifica respecto de los templos materiales; debemos edificarlo con la fe, la esperanza, la caridad y las virtudes cristianas, que labran en cierto modo las piedras del edificio; debemos adornarlo, colocar en él un altar y ofrecer sacrificios, y debemos abrir y cerrar este templo en los momentos oportunos, limpiarlo, restaurarlo y conservarlo siempre en un estado conveniente á la san-

<sup>1</sup> I Thes. v, 5, 6.

<sup>2</sup> Véase Pontifical romano y Espíritu de las ceremonias.

ta majestad del Dios que en él reside. ¿Lo hacemos? ¡Oh baldon! ¡cuántos hombres hay que cuidan mas del pesebre de sus animales que del templo de su alma!

III. Razones de ir á la iglesia.—Hombres, cualesquiera que seais, templos vivos del Dios tres veces santo, ¿quereis conservar eternamente sin mancha, ó purificar pronto este augusto santuario? Id con frecuencia al templo santo; os compadezco si no vais, pues el hijo que abandona la casa paterna no es buen hijo, y nunca será buen hermano, buen esposo, buen padre, ni buen ciudadano. Justos, no teneis asilo mas seguro ni mas sagrado que el templo del Altísimo; si os alejais de este lugar sagrado, si vuestras miradas se desvian de los objetos del cielo para dirigirlas á las vanidades del mundo, pronto arrastrará vuestra alma el torrente de la costumbre; débiles tallos, os troncharéis; columnas separadas del edificio del santuario, no podréis sosteneros solas y caeréis á pedazos, aplastadas por vuestra caída; sí, justos, si os alejais de la Iglesia seréis tentados, y prevalecerá el enemigo. La onda mas pura pierde su transparencia, pues el paso de un insecto la turba, y el soplo del viento la agita y arruga su superficie: vuestro corazon es la imágen de esta onda.

Si el templo del Señor es para el justo un lugar de oracion y consuelo, para el pecador arrepentido es un lugar de luz y de paz, donde fué regenerado á la vida, donde fué declarado hijo de Dios, hermano de Jesucristo y heredero del cielo por la gracia del Bautismo, donde ha renunciado al siglo y á sus pompas, y no puede ocultarse que falta sin cesar á sus obligaciones y que ya no habita en él el Espíritu Santo. En un lado ve los tribunales sagrados, donde conmovido con las exhortaciones patéticas de un director celoso ha prometido cien veces á Dios cambiar de vida y mortificar sus inclinaciones; sus ojos se dirigen en otro lado hácia el altar donde sustentaba en otro tiempo su alma con el cuerpo y la sangre adorable de Jesucristo, que espiró en la cruz para libertarle de la esclavitud del pecado y de la tiranía del ángel rebelde; mas allá se encuentra el púlpito donde no se ha cesado de partir el pan de la palabra evangélica y de distribuirlo á las almas fieles, donde pastores llenos de la ley de Dios y de la ciencia de la salvacion combaten los desórdenes de su vida descubriéndole sus terribles consecuencias.

¿Qué mas podemos decir? Sobre las losas santas está prosternada una alma piadosa, un hombre virtuoso, un verdadero cristiano cuya piedad lo condena, cuyos ejemplos le confunden; él mismo,

al andar sobre la ceniza de sus antepasados, siente que los deshonorra con el oprobio de su vida, y desde el fondo de sus sepulcros, que parecen entreabrirse, sus padres le reprenden su impiedad y sus extravíos. Finalmente, la muerte sale con estruendo de las entrañas de la tierra, arrastrando en pos ataúdes, huesos y despojos manchados de sangre y polvo, y se presenta á sus ojos bajo la figura de un espectro espantoso, abriendo delante de él la huesa que pronto ha de recibirle. Todo el templo le acusa, en fin, y le habla de su ingratitud y de los beneficios de Dios. El temor de los castigos, unido al dolor de haber ultrajado á Dios y haber sido tanto tiempo su enemigo, no tarda en producir en el alma del pecador un principio de amor, el cual sin cesar de aumentarse apacigua los remordimientos, devuelve la paz, y es el principio de la justificacion.

Vayan, pues, los pecadores á los templos á buscar su perdon á los piés del que es la resurreccion y la vida. Grande es el mal, inveterados los hábitos, y el pozo profundo; pero Jesucristo colmará el abismo, y reinará la justicia donde habia abundado la iniquidad<sup>1</sup>.

Cada iglesia está dedicada bajo la invocacion de un Santo, que es un protector y un modelo que da la Iglesia á los habitantes de una parroquia, y es un lazo mas entre la Iglesia de la tierra y la del cielo. Inútil es decir que los fieles deben celebrar la fiesta de su Patron con santa alegría y sincera voluntad de seguir sus pasos, pues cualquiera que sea nuestra posicion, se hallan virtudes que imitar en la vida de cada Santo.

#### Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haberos escogido una morada entre nosotros, os pido perdon por el olvido y las irreverencias de que sois objeto en nuestras iglesias.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mi mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, imitaré en nuestras iglesias el respeto de los Angeles.

<sup>1</sup> Butler, Dedicacion.